

treza de la pincelada, de la complacencia en la ejecución, que fueron tan del agrado de los imitadores de Fortuny. Se diría que, por el contrario, quiere mostrarse poco hábil y aun torpe, para reaccionar de los juegos de los acróbatas y los exagerados fuegos artificiales del autor de *La Vicaría*, y sus discípulos.

Darío de Regoyos tildado de violento por algunos, es, en rigor, un sincero. Su visión, justa y sana, de los seres y las cosas, imposibilita en su obra el uso de moldes rebuscados, de convenciones sempiternamente empleadas. Su estudio de la luz, del tono real, sújetele a procedimientos nuevos. Lo repetimos; está Regoyos convencido de esa verdad, demasiado olvidada, de que inútil es volver a empezar lo que ha sido hecho, de repetir lo que ya se hizo.

En ocasiones le echaron en cara que sus cuadros quedaban demasiado abreviados. Es un error. Pocos pintores buscaron la sutileza de la expresión, tanto como él. En sus lienzos, los por menores yuxtapuestos y fundidos

dan por resultante una síntesis. El hecho particular, anecdótico, tiene la importancia estrictamente indispensable. Si reproduce escenas de la vida rural o urbana, siempre anega en el conjunto al ser humano o irracional. De ahí que se vea, en sus obras, por lo general, que el hombre es menos cautivador que la naturaleza exterior. Además, a fuerza de querer el artista abandonar a todo trance las formas consagradas, la figura humana adquiere en sus pinturas algo de primitivo, de bárbaro, de una absoluta simplificación. Esta deseada sencillez, siempre original y atrevida, hace que las figuras alcancen, a veces, innegable grandiosidad: el carácter forjado en la rudeza, y la apariencia de lo por concluir. Pero, antes de proseguir, ¿no fuera útil dar

algunos apuntes biográficos acerca del pintor?

Nació Darío de Regoyos en Rivadesella, en tierra de Asturias. A los veinte años, en 1877, fué a Madrid, donde entró en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado, y en el taller del paisista Carlos de Haens, quien principió, en la Península, a dirigir sus alumnos por la vía fecunda del estudio de la naturaleza. No sabemos si fué ese profesor, de origen flamenco, quien le aconsejó marchara a estudiar a Bélgica. Pero, en 1879, después de permanecer dos años en Madrid, atravesó Francia, y fijó su residencia en Bruselas, donde muy pronto se dió a conocer, logrando la consideración de unos cuantos jóvenes pintores enamorados del aire libre y de la libertad. Formó parte, desde la fundación, del grupo del

*Essor*, cuyas exposiciones, presto organizadas no pasaron por alto al público inteligente, suscitando no pocas controversias y discusiones. Al poco tiempo, varios de los del *Essor*, encontrando anticuadas las ideas de algunos



REGOYOS.

Salida de las lanchas.

compañeros, constituyeron otra asociación, integrada por veinte miembros, a la cual por eso llamaron *Les Vingt*. Darío de Regoyos y el pintor griego Pantazis, fueron los únicos extranjeros admitidos en esa agrupación. No era absolutamente necesario ser de «Los Veinte» para tomar parte en las exposiciones que celebraban. Pero los otros artistas que en éstas figuraron,—los más eminentes maestros del arte moderno, en el verdadero sentido de la palabra: Degas, Wisthler, Manet, Renoir, Sisley, Pissarro, etc.,—fueron invitados. Las exposiciones realizadas durante diez años, de 1883 a 1893, favorecieron eficazmente la propagación en Flandes de las ideas sobre arte moderno.

En 1890 salió Darío de Regoyos de Bélgi-